

## MARIPOSAS NEGRAS

El reloj de la estación arrastra su pesado pie por el minuterero en un lento, lentísimo tic-tac eterno. Cientos de miradas impacientes se aferran a las manecillas relentizando aún más su marcha por la esfera. Centro mi atención en los pasajeros que van y vienen, en las hiladas de andenes, en los niños sentados en el suelo comiendo "gusanitos" con churros en la cara. Observo las huellas a contraluz dejadas por las ruedecitas de las maletas a lo largo de toda la estación que recorro con la vista hasta topar de nuevo con el reloj que permanece mudo observándolo todo. Apenas se ha movido un minuto. Tic-tac...

Besos volanderos que se pierden en el humo de un tubo de escape, una última calada a un cigarro, un gesto de reproche en la cara de un vigilante de seguridad que pide los papeles a un inmigrante, choques de vasos y olor a café desde la cafetería, cascos y música, un cambio de postura para acomodar la impaciencia, pie derecho pisando una colilla, salida de emergencia, altavoces y anuncios de llegada y salida, una pantalla de información que no funciona, cartel descolorido de prohibido fumar. Tic-tac...

La esfera del reloj, a mi espalda, me atraviesa la nuca y miro hacia ella. Sólo se ha movido cinco minutos. Alguien sentado en un banco abre un libro.

Blanco y negro de palabras impresas en el papel.

Blanco y negro del reloj de la estación.

Me había quedado paralizada, sin poder mover un músculo. Era como si me encontrara atrapada en el cliché de una película de cine mudo. El autobús que me había soltado en la estación arrancó y se fue cargado de nuevos pasajeros. Yo permanecía en el andén 22 observando toda aquella escenografía descolorida. Tomé aliento y forcé mi cuerpo hacia la salida. Era mi primer contacto con aquella ciudad después de casi dos décadas y cientos de imágenes se arremolinaban en mi mente como partículas de células muertas enterradas bajo mi cráneo.

Me alejo de la estación que se alza a mis espaldas como una mole fantasmal de hierro y acero.

La plañidera mañana de octubre le daba a las piedras de los monumentos históricos de la ciudad un aspecto de total abandono pero de eterna espera. Calladas. Era como si aguardaran a la persona que las acariciara para arrancarle de sus entrañas los secretos guardados durante siglos entre sus renegridos poros. Las mariposas negras habían vuelto y se agolpaban a mi alrededor dibujando mi sombra. Sé que están aquí, aunque trate de ignorarlas, nunca se van. Me sentía como una de esas piedras que se recortaban en el plomizo cielo otoñal, devastada por el paso del tiempo (aunque apenas he estrenado mi cuarta década de existencia), carcomida, nido perfecto para la soledad. Una soledad que me castiga, soledad muda, soledad amarga, soledad amiga... y las mariposas negras. He vivido esperando la primavera de mi vida y me he quedado estancada para siempre en esta estación de colores rojos y tostados por el que arrastro con soltura mi melancolía con el alma atada a un hilo en mi muñeca.

A pesar de llevar tantos años sin pisar esta ciudad, me dio la sensación de que todo se movía a un ritmo más lento. Descubrí un toque de resignación en el ánimo de la gente, como si acabaran de despertar de un cataclismo; autómatas sin voluntad que, aunque se movían con rapidez, era como si hubieran sido programados la noche anterior.

Fruncí el ceño al llegar a la cafetería donde había quedado con Denís. Las mariposas se alejaron revoloteando. El Café Ellás conservaba su idéntica fachada. Por primera vez me sentí reconfortada desde el regreso a esta ciudad. Era pronto. Denís aún tardaría en llegar, haciendo gala de su habitual impuntualidad.

Entré al interior de este templo de los lunáticos empedernidos, como Denís, Zoe y yo llamábamos al Café Ellás, y aunque todo en su interior permanecía intacto y su mobiliario de madera centenaria lucía mejor que en sus mejores años, el servicio se había convertido en un puñado de estudiantes uniformados que lo habían transformado en una copia absurda de Starbuks. Algunas mariposas negras se colaron en el recinto con el entrar y salir de clientes que pedían para llevar. Pedí un espresso y me senté en la cristalera a observar el espectáculo de la ciudad. Tenía cinco años la primera vez que robé un sorbo de café a la taza de mi padre y ya supe que jamás me desprendería de este vicio. Las pesadillas de las últimas noches hacían coreografías bajo mis ojos y dibujaban círculos violáceos que disimulaban mis gafas de miope donde chocaban los destellos del azúcar mal removido del fondo de mi taza. Vi la figura de Denís recortada entre mis cristales empañados.

Denís, Zoe y yo nos conocimos, en este mismo lugar, en un intercambio de estudiantes en los azarosos años universitarios donde compartimos casi todo y se nos iba la vida en las borracheras que duraban hasta el amanecer. La resaca entonces no nos afectaba y volvíamos a repetir la operación al día siguiente. Denís era un chico hermético, escuálido y pálido al que convertimos en un ser extrovertido, vividor y de grandes expectativas. A pesar de las noches frenéticas de alcohol y sexo, los tres nos graduamos con excelencia y lanzados a la caza de sueños.

- ¡Buenos días, bella Sophie!
- Denís, llegas tarde...
- O temprano, depende de la prisa que tengas, cariño. ¿Y Zoe? ¿No ha venido contigo?
- Zoe no sabe que estoy aquí. Piensa que estoy en uno de tantos congresos en cualquier ciudad. Una mentira piadosa, ya sabes. Quería verte a solas.
- ¡Qué pena! Me hubiera encantado verla después de tantos años sin coincidir los tres. ¡Más de una década, Sophie! La última vez fue en aquella infructuosa exposición de París donde puse a escaparate mi máximo ridículo. Sólo un tipo se interesó por mi obra, y por mí, jajaja... Una noche inolvidable, y un ridículo pasajero. ¡Qué años, aquellos! ¡Qué jóvenes! Y dime, amor, ¿a qué o a quién debo el honor de que me visites así a la ligera?

- Denis, me muero. Hace cuatro años desde aquel infarto y los daños son irreparables. Mi cardiopatía ha empeorado irreversiblemente y rivalizo en una lista de espera que no se mueve y, lo que es peor, me ha abandonado la esperanza.
- Siento mucho no haber estado a tu lado, al menos físicamente, durante estos dolorosos años, Sophie, pero teníamos un trato. Jamás morirías antes que yo.
- Lo sé, Denis, y Zoe me hizo prometer lo mismo, que nunca moriría antes que ella. Pero ya ves, al final no remataré a ninguno de los dos.  
Sabes, Denis, que te amo con el alma y el corazón. La distancia de estos años no ha sido una barrera entre nosotros. Tu voz al otro lado del teléfono y mi memoria poblada con tu recuerdo me han alimentado en los largos y tediosos días de enfermedad. A Zoe la amo con la carne y la mente y no dejo de reconocer que es la perfecta compañera de viaje. ¿Quién si no ella iba a aguantarme?, pero mi espíritu es tuyo, Denis. Tú y sólo tú puedes ayudarme en lo que vengo a pedirte. No quiero morir tirada en la cama de un hospital chorreando lágrimas. Quiero dormir en tu costado y despertar sin dolor en un celeste eterno.
- ¿Me pides que te ayude a morir? Sophie, no puedo hacer eso.
- Acompáñame, al menos, a esa colina que me gustaba, esa sembradita de olivos. Tumbate a mi lado y deja que me acurruque a ti. No tendremos más ocasiones, Denis. No queda tiempo.

Denis, con un silencio por respuesta, pagó la cuenta y se encaminaron hacia la colina de Sophie. Una colina situada estratégicamente en el centro de la ciudad y que dominaba el alma misma de los vetustos monumentos con sus siglos encima asentados como posos de café. Había un olivo en especial, uno donde Sophie, muchos años atrás, colgó como promesa un trozo de tela negra ahora raída por el sol y por donde se escapaba su último anhelo de vida.

Se sentaron bajo su árbol protector, hablaron poco, admiraron el vaivén de las ramas pobladas de hojas plateadas y se quedaron dormidos cubiertos por un otoño cerrado.

El gotero del suero se había mimetizado hipnóticamente con los ojos de Zoe en una eterna espera. Casi no percibió cómo Sophie, entreabría los ojos. Un gorjeo de gorrión moribundo la trajo de vuelta a la realidad.

- ¡Sophie, cariño!

Los cerúleos ojos de Zoe me ahogaron en su océano. Navegué por sus pupilas, me escurrí por sus lágrimas.

- Tengo calor, Zoe, atiné a decir como si me clavaran alfileres incandescentes en mi garganta reseca. ¿Y Denis?, musité.

Zoe abrió la ventana, dejando entrar la brisa otoñal, y salió en estampida a avisar al médico de guardia. Una mariposa negra que revoloteaba entre las múltiples gomas conectadas a mi cuerpo huyó por la ventana y yo fijé mi mirada en los últimos rayos de sol posados en una lata de Coca-Cola de la mesilla de mi cama que llenaron la habitación de miles de espejitos danzando por las paredes.

Zoe entró y se sentó a mi lado. Me besó y sentí el ardor de sus labios en mi piel.

- Sophie, tengo que contarte algo.  
Denís murió hace unos días en un accidente de tráfico cuando venía a tu encuentro ante la gravedad de tu enfermedad. Llevabas mes y medio en un coma inducido. Tu corazón no aguantaba, cariño.
- Eso es imposible, Zoe. Hace un rato conversábamos en el Café Ellás.
- Sophie, Denís, late ahora dentro de ti. Las pruebas de compatibilidad eran insuperables y morirá contigo ahora que vive en tu nuevo corazón.

Se extinguieron las palabras, agoté hasta la última lágrima y me vi envuelta en un sopor almizclado de medicamentos mientras el júbilo y felicitaciones del equipo médico a mi alrededor sonaba lejano, como la tenue lluvia que se desató contra todo pronóstico tras la ventana y, junto a ella, una Zoe que permanecía muda en segundo plano con sus marinos ojos clavados en el exterior. Lloraba.

Me quedé dormida y soñé. Soñé con aquella colina donde también se había desatado la tormenta, con aquel olivo y su tela negra raída... ¡Denís, corazón mío!